

Carlos Arruza vuelve a los ruedos

Elite, 1950-02-11.

La fama, ese motor de la popularidad, ofrece halagos con servil obsequiosidad y exige como un tirano el precio de sus favores. En ese flujo y reflujo del mar incierto de los éxitos y los fracasos pierden la cabeza muchos brazos firmes en el bate o el volante, muchos pies seguros y diestros frente al gol, muchos hombres templados al fuego de las arenas, calientes por el sol y la emoción de una tarde de toros...

El vértigo es fenómeno muy frecuente en esas hipotéticas alturas de la popularidad y de la fama. Una pose sencilla es del género difícil si no se cuenta con naturalidad, el empaque y la rigidez deforman la figura hasta quedar yerta, con esa rigidez de muerto que repele hasta producir malestar físico.

La sencillez de Carlos Arruza sugiere esta reflexión primera. Uno no puede eludir la influencia de ese decir llano y cortés que le aprisiona en simpatía. Hay mucha alegría y mucho ruido en este salón del MAJESTIC donde cruzamos el primer saludo con Arruza. El nos guía obsequioso hasta un rincón tranquilo del primer piso con ese andar rítmico y ligero que denuncia al deportista...

Alto de estatura y con la figura que asocian las mujeres al torero ideal. Arruza viste un terno gris y corbata seria de europeo. En sus ojos oscuros baila una luz de optimismo juvenil que vive aún la ingenua alegría de un chiste con que acaba de despedirle Javier Cerrillo, el banderillero de su cuadrilla que reúne toda la gracia del mejicano:

– ¡Manito, esto es una celada para escaparte sin pagar!... ¡Que llamo a la policía!... –dice Carrillo haciendo un cómico ademán de levantarse.

– He oído decir –señalo con intención– que es Ud. muy liberal y muy rumboso, que ha dejado mucho dinero en su próspero camino de éxitos.

– No tanto. No crea en la fábula de mi generosidad. Muchas veces me he creído obligado a cumplir algunos compromisos, pero no lo he hecho en mayor medida que mis compañeros.

Arruza habla con la sencillez de un amigo, sin ninguna afectación ni falsa modestia, ausente de ese mundo de posturas propio de quien vive para los públicos como en una exposición.

– ¿Cuándo y por qué dejó de torear Ud.?

– No es fácil explicarlo así... Vaya primero en que toreé por última vez en Méjico el 28 de febrero de 1948...

– ¿Alguna mala tarde? –le interrumpimos, buscando donde asir un motivo.

– No, no lo fué. Creo sinceramente que no. El último toro salió un poco huido y la faena, no pudo ser de relumbrón, pero la que hice al primero de la tarde me valió un triunfo que supe apreciar por lo que apreciaron mis paisanos... No vaya por ahí, no me retiré por un fracaso. Creo más bien que me agoté un poco, me cansé de toros, "me harté" –termina aspirando un poco la hache a la andaluza.

– ¿No tuvo nada qué ver la aún reciente tragedia de Linares?

Carlos Arruza, el "Ciclón de Méjico", el gran compañero del "monstruo", cala un momento como si tratara de retroceder en el tiempo y medir una pena con gesto grave.

– Sí influyó –dice con lentitud–. Eramos muy buenos amigos Manolo y yo. me hice a torear con él... "Aquello" fué muy duro para mí.

– ¿Qué opina de "Manolete"; qué innovación introdujo en el arte del toreo?

– La honradez –nos dice vivamente Arruza– fué a mi juicio la prenda que mejor distinguía a Manolo. Su pundonor le llevaba a ser temerario aún cuando le acechase el riesgo de un peligroso resabio en el toro que lidiaba. Mi opinión sobre el torero parece estar de más, no añadiría nada nuevo a la grandeza de su arte. Le bastaban unos centímetros de arena para marear al toro y al público... Yo le conocí en Lisboa, cuando ya alcanzó la cumbre. Fué en mayo del 44, la primera vez que toreaba con él. Aquello fué "enorme"... no sé cómo decirlo.

– ¿Cree que la falta de asistencia médica adecuada provocó el fatal desenlace?

– No se puede juzgar con ligereza... Es verdad que se careció de algunos medios, pero ¡quién sabe!... Fué una "desgracia", tenía que ocurrir.

Arruza ha bajado imperceptiblemente de tono durante la conversación y nos sentimos un poco culpables del cambio.

– ¿Cómo empezó Ud. a torear?

– Tenía yo 13 años. A esa edad todo el mundo envidia algo que acaso nunca más le preocupará en la vida. Yo quería ser torero. Otro lo querían también y con esa corriente que se establece entre los chicos que coinciden en aficiones y en gustos nos reuníamos buen número de mocosos que "novilleábamos" por los tentaderos.

No abundaban en Méjico ocasiones y sitios para quemar nuestra pólvora de afición y recurrimos varios de nosotros a una escuela de toreros.

– ¿A una escuela?

– Sí. Allí hacíamos de carretillas y testuces de cartón el mayor elogio de toros bravos y de casta. Se trataba de la academia de Samuel Solís, un antiguo matador de toros que nunca pudo abandonar el oficio y se dedicó a crear toreros cuando ya no podía saltar al ruedo.

– ¿Le sirvió de algo?

– Teóricamente obtuve algo. Me hice con un montón de reglas que me sirvieron muy poco la primera vez que vestí de luces, pero algunas me fueron útiles cuando adquirí alguna serenidad.

– ¿Cuándo debutó?

– Un año más tarde. Fué en el redondel de Vista Alegre y conquistamos un gran éxito. Salimos en hombros. Aquello me animó... Estoy seguro que influyó mucho aquel éxito en mi decisión de ser torero de verdad.

– ¿Algunos compañeros de entonces torear hoy?

– Sí, "El Calesero" es hoy una gran figura como matador. Entonces actuamos mi hermano Manuel (q.e.p.d.), "El Calesero" y yo. Otros muchos del grupo desistieron, como es natural.

– ¿Cuántas corridas desde entonces?

– ¡Oh! muchas. No sé... Oye, –dice dirigiéndose a Andrés Gago, el prestigioso promotor taurino que apodera actualmente a Dos Santos y Arruza en Caracas– ¿cuántas calculas tú?

Hay algunas referencias recientes, calculan las que se han dado después y es el Sr. Gago quien decide por fin:

– Ochocientas corridas, una más o una menos.

– ¿Cuántas cornadas ha recibido? –volvemos sobre Arruza en una fiebre de interés estadístico.

– Cinco y ninguna de gravedad. Dos en mi tierra y tres en España. De éstas una recibí en Burgos, otra en Sevilla y la última en Madrid.

– ¿En qué plaza ha triunfado mejor?

– Quizá sea en Madrid. Actué junto a Bienvenida con ocasión de dar la alternativa a Alejandro Montani. Conseguí las orejas de los dos toros. No puedo precisar ahora que este fué el éxito más memorable, pero si el recuerdo ha surgido a la memoria por algo será...

– ¿Algún fracaso grave?

– Tampoco me acuerdo especialmente de ninguno y es lástima que nada acuda a mi memoria ahora. Puede que sus lectores lo interpreten mal. Acaso será por que los fracasos quedan uniformemente grabados en mi mente con fuerza aplastante: ¡todas las corridas que salen mal me duelen! Esa es la verdad.

– ¿Dónde ha toreado más: en España o en Méjico?

– Durante más tiempo en mi país. Pero tenga en cuenta que en Méjico sólo se pueden torear 25 ó 30 corridas al año, mientras que se cumplen hasta 100 compromisos en España en el mismo tiempo.

– ¿Dónde prefiere torear?

– Es raro que no tenga preferencia especial por ninguna plaza. Es natural que prefiera hacerlo en mi país, pero nada más.

– ¿Qué experimenta al volver de nuevo al ruedo?

Acaso alguna preocupación. Siempre arrastro conmigo el temor de no estar bien, de no satisfacer al público. Aunque hace dos años que dejé de torear no quiere esto decir que haya dejado de practicar...

– No hace un mes que mató cuatro toros –dice a mi lado el simpático Cerrillo.

Carlos nos explica que lidió y mató cuatro toros en el curso de la filmación de "Sangre Torera", rodada en la capital mejicana.

– Y que lo hizo muy requetebién –subraya Cerrillo.

– ¿Algún presentimiento para su debut en Caracas?

– Tengo mucha fé en salir bien y lo daré todo para lograrlo. No he visto el ganado, pero conozco la casta. Hace justamente 10 años que lidié en Maracay. Fué en compañía de Corráez, Noain, Rafaelillo y "El Vizcaíno".

– ¿Con qué éxito?

– Salió en hombros, el "apoteosis", dice Pastor con entusiasmo.

– Es verdad que su señora madre viene uno de estos días?

– Sí, no tardará en llegar. usted me va a preguntar si se opone a que vuelva al ruedo, ya lo sé. Se opone como todas las madres se oponen a que su hijo corra un riesgo cualquiera, y es muy natural...

– ¿Qué toreros de primera fila hay ahora en España y Méjico?

– La verdad: yo admiro a todos y no soy quién para hacer una clasificación.

– Pero, alguna preferencia –insistimos.

– No, ninguna. Todos me parecen buenos... –y comprendemos que la discreción de Carlos no dirá nada más.

– ¿Y esto? –le decimos enseñándole una clasificación de toreros en categorías hecha pública en estos días y que llevábamos en un recorte con la peor de las intenciones.

Observamos las facciones de Arruza, queriendo captar una reacción, pero no nos dicen nada. por fin, comenta un poco para sí: "no son todos los que están ni están todos los que son"... Tenemos la impresión de que Arruza ha sido más elocuente de lo que ha querido...

– ¿Qué quiere decir del pleito hispano-azteca?

– Que quiero que se arregle cuanto antes. Se hace necesario un arreglo urgente. Es absurdo lo que está ocurriendo.

– Volvamos a Ud. –le decimos–: ¿siente miedo frente a los toros?

La pregunta no le sorprende. Se ríe un poco para exclamar en tono festivo:

– ¡Claro que me dan miedo los toros! La dificultad está en vencerlos y el éxito en lograrlo...

– Y el público, ¿qué me dice del público?

– Pues también le tengo miedo, un miedo horroroso... Ya ve Ud., son dos clases distintas de miedo, pero ambas me sobrecogen por igual, las dos "en grado superlativo".

– ¿Distingue Ud. entre un público y otro?

– Todos me parecen iguales. Todos exigen y exigen con razón. ¡Para eso pagan!

– ¿Qué aficiones tiene fuera del ruedo?

– Me gustan mucho los deportes, todo género de deportes. Pero me gusta especialmente la pelota vasca y el fútbol... Es raro que aquí no haya frontón, me gustaría jugar a pala.

Al informarle que en el Centro Vasco disponen de uno se apresta a aceptar nuestra oferta y convenimos en que le llevaré al frontón el lunes.

– Es un gran futbolista también –dice Cerrillo– juega de defensa.

Arruza nos explica que forma parte del equipo de toreros que todos los años se enfrenta en Méjico a otros formados por artistas de cine y otros gremios. Generalmente los encuentros se celebran como preliminares de los partidos de final de liga. La última vez que jugaron contra el equipo de los artistas actuaron ante 35.000 espectadores. Carlos nos explica cómicamente que tuvo más miedo de quedar mal que en el ruedo.

– ¡Y fracasé! –nos dice con aire compungido. Faltaban unos minutos para terminar el encuentro. Ganábamos 2 a 1, cuando tuvimos un aprieto en nuestra meta. El portero estaba batido, ¡eh!, –dice preparando la justificación– yo ví que el balón iba dentro de la portería y temeroso de no poder alcanzarlo con los pies paré el balón con las manos. Fué un penalty que nos costó la victoria...

Y Carlos parece apesadumbrado de lo que hizo. El gesto de desagrado con que subraya sus últimas palabras nos hace pensar a nosotros en una prenda que el torero mexicano ha atribuido a su malogrado amigo: la honradez, el pundonor.

Esa virtud vive en el hombre para marcar una pauta en todos sus actos, aún en los más intrascendentes, o carece de ella. Matando toros o jugando al fútbol, la preocupación máxima de este valiente torero mexicano es "cumplir"; aún más excederse con el cumplimento y darse ese "algo más" con que sabe distinguir el público a los valientes y a los honrados que no buscan el ruedo para sacarse una plata que les hace falta... Arruza es muy rico y no es ambicioso. Si hoy vuelve a la arena no lo hace por dinero. "Es esa maldita afición que le roe a uno como si fuera veneno"...